

EL VELO DE ISIS XIV
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
La Ciencia de la Paz

La historia transcurre en una ciudad, en la que se enseñaban todas las Ciencias, o sea, un lugar al que la gente que buscaba Sabiduría iba, y allí se dirigió un joven, del que no conocemos el nombre.

En aquella ciudad, el joven se enteró que vivía en un país lejano un sabio, con fama de ser el mas santo del Islam, hijo y nieto de herreros, símbolo de trabajar tu materia- el hierro-, y por medio del fuego- la fuerza interna- transformarla, así pues el joven tomo sus pertenencias y se encaminó en busca del sabio, y llego a la ciudad donde vivía después de 40 días y 40 noches (símbolo de cambio o transformación). Encontró al herrero que le pregunto ¿Qué deseas, hijo mío? Aprender ciencia, contestó él.

Como Platón y Aristóteles hacía con sus discípulos, el joven tenía que trabajar en silencio durante 5 años, trabajando en la fragua, al cabo de los cuales, como seguía deseando Ciencia, el herrero le hizo trabajar cinco años más, al cabo de los cuales debía escribir y presentar al Maestro una petición. Así lo hizo y el Maestro le hizo soltar la cuerda del fuelle, y le dijo que podía regresar a su país, porque había adquirido la virtud de la paciencia, (la ciencia de la paz) ya que esa palabra Shalam, contiene el nombre de Jerushalam, la ciudad de la Paz. El herrero lo bendijo y el joven regreso a su país, donde compartió lo que había visto claro en su vida.

Además de los símbolos ya descritos, todos somos forjadores de nuestra Vida, unas veces insuflando aire con el fuelle, otras añadiendo fuego, otras moldeando el hierro, pero siempre, trabajando nosotros mismos en las situaciones que la vida nos presenta. Nadie puede hacer por nosotros nuestra tarea, ya que es única e irrepetible, al igual que cada ser humano.

C.E.A.

EL VELO DE ISIS
Capítulo XIV
Comienza el libro de los hombres héroes o de las iniciaciones

La paciencia es la base de la Ciencia de la Vida.–El herrero “Maestro Cantor”, a lo Hans-Sachs.–Los cinco años del “Silencio Pitagórico”.–Los “acusticoi”.–La variante de la “Historia del duodécimo capitán de policía”.– Mahomed, Ali y Mahmud con el maestro-derviche y su libro mágico.–La leyenda del Niño-testarudo.–Los testarudos geniales.–La eterna leyenda de los rebeldes que chocan con su medio ambiente.–La previa Noche Espiritual del candidato.–La historia del “Libro Mágico”, o sea del “Libro de la Vida”.

Aunque a nuestro juicio y por las razones comenzadas a apuntar en el prólogo mismo de estos comentarios, todo el gran conjunto simbólico-literario de Las mil y una noches es, a bien decir, un libro iniciático de los más hermosos y más antiguos, hay una parte de él –la que comenzamos con el presente capítulo– que es iniciática genuina, y que, como tal, por los supremos esfuerzos que la adquisición de sus conocimientos supone para el candidato a la tal iniciación, hemos llamado también “de los hombres héroes”, hombres que, según ya hemos visto con Aladino y con otros, se salen, en su valentía, de los límites ordinarios de la Humanidad común,

cual si alboraran ya ese mundo superior de los héroes, los semidioses y los dioses, que dijeron los griegos.

Cuento tras cuento, pasaje tras pasaje, pese al caótico desorden con que nos los dan nuestras versiones actuales de la magna obra, se van fijando los jalones demarcadores del camino hacia la iniciación: las condiciones sine qua non exigidas al heroico candidato, el cual ha de desafiar impávido, aquí la muerte, allá la locura, acullá las mil otras asechanzas de los seres de lo astral, interpuestos como otros tantos monstruos en su camino y dispuestos siempre a engañarle, devorarlo o perderle...

La primera de tales condiciones, que son precisas en su empresa al candidato, es, sin duda alguna, la paciencia; pero no una paciencia cualquiera, sino la paciencia sin límites que tan acabadamente comienza mostrándonos el lindo cuentecito de Mardrús, que dice así, bajo el título de:

La parábola de la verdadera ciencia de la vida

Cuentan que en una ciudad entre las ciudades, donde se enseñaban todas las ciencias, vivía un joven que era hermoso y estudioso. Y aunque nada faltara a la felicidad de su vida, le poseía el deseo de aprender siempre más.

Un día, merced al relato de un mercader viajero, le fue revelado que en cierto país muy lejano existía un sabio, que era al par el hombre más santo del Islam, pues que él sólo poseía tanta ciencia, sabiduría y virtud como todos los sabios del siglo reunidos. Y se enteró de que aquel sabio, a pesar de su fama, ejercía sencillamente el oficio de herrero, que su padre y su abuelo habían ejercido antes que él.

Cuando el joven hubo oído estas palabras entró en su casa, cogió sus sandalias, su alforja y su báculo y abandonó inmediatamente la ciudad y a sus amigos, encaminándose al país lejano en que vivía el santo maestro, con objeto de ponerse bajo su dirección y adquirir un poco de su ciencia y de su sabiduría. Así anduvo durante cuarenta días y cuarenta noches, y, después de muchos peligros y fatigas, gracias a la seguridad que le infundió Alah, llegó a la ciudad del herrero.

Al punto fue al zoco de los herreros y se presentó a aquel cuya tienda le habían indicado todos los transeúntes. Y luego de besarle la orla del vestido, se mantuvo de pie delante de él en actitud de respeto.

El herrero, que era un hombre de edad, con el rostro marcado por la bendición, le preguntó:

"¿Qué deseas, hijo mío?" El otro contestó: "¡Aprender ciencia!" Y el herrero, por toda respuesta le puso entre las manos la cuerda del fuelle de fragua, y le dijo que tirase.

El nuevo discípulo contestó con el oído y la obediencia, y al punto se puso a estirar y a aflojar la cuerda del fuelle, sin interrupción, desde el momento de su llegada hasta la puesta del sol. Y al día siguiente se dedicó al mismo trabajo, así como los días posteriores, durante semanas, meses y todo un año, sin que nadie en la fragua, ni el maestro ni los numerosos discípulos, cada uno de los cuales tenía una tarea tan

ruda como la suya, le dirigiese una sola vez la palabra, y sin que nadie se quejase ni siquiera murmurase de aquel duro trabajo silencioso.

De tal suerte pasaron cinco años. Y un día el discípulo se aventuró muy tímidamente a abrir la boca, diciendo: "¡Maestro!" El maestro interrumpió su trabajo y, en el límite de la ansiedad, hicieron lo mismo todos los discípulos. El herrero entonces, en medio del silencio de la fragua, se encaró con el joven, y le preguntó: "¿Qué quieres?" El otro dijo: "¡Ciencia!" Y el herrero dijo: "¡Tira de la cuerda!" Y sin pronunciar una palabra más, reanudo el trabajo de la fragua.

Transcurrieron así otros cinco años, durante los cuales, desde por la mañana hasta por la noche, el discípulo tiró de la cuerda del fuelle sin interrupción y sin que nadie le dirigiese la palabra ni una sola vez. Pero cuando alguno de los discípulos tenía necesidad de un informe acerca de algo, le estaba permitido escribir la demanda y presentársela al maestro por la mañana al entrar en la fragua. El maestro, sin leer nunca el escrito lo arrojaba al fuego de la fragua o se lo metía entre los pliegues del turbante.

Si arrojaba al fuego el escrito, significaba que la demanda no merecía respuesta; pero si colocaba el papel en el turbante, el discípulo que se le había presentado encontraba por la noche la respuesta del maestro escrita con caracteres de oro en la pared de su celda.

Cuando transcurrieron diez años, el viejo herrero se acercó al joven y le tocó en el hombro.

Y por primera vez, desde hacía diez años, le hizo soltar la cuerda del fuelle de la fragua, descendiendo a él una gran alegría. Y el maestro le habló, diciendo: "Hijo mío, ya puedes volver a tu país y a tu morada, llevando en tu corazón toda la ciencia del mundo y de la vida.

¡Pues todo eso adquiriste al adquirir la virtud de la paciencia!"

Y le dió el beso de paz. Y el discípulo regresó iluminado a su país, entre sus amigos, y vió claro en la vida (1).

COMENTARIOS

¿Qué agregar al lector conspicuo por comentario de este sublime apólogo, que es seguramente la más pura supervivencia popular del llamado "silencio pitagórico", durante cuyos cinco años el "acusticoi", u oyente, sólo podía trabajar en silencio y escribir sus peticiones al Maestro, como vemos en el relato, peticiones que éste leía telepáticamente o por doble vista, sin necesidad de mirarlas?

La fuerza de una voluntad sencilla e ilustrada –no la terquedad ignorante y animal con la que suele ésta confundirse–, aunada a divino poder de la imaginación creadora que el silencio y la soledad son los primeros en fomentar, constituyen, en efecto –como enseña la Maestra H. P. B.–, la clave mágica más poderosa que existe, porque con ellas nos hacemos dueños de nosotros mismos, dejando de ser juguetes

inconscientes de las impresiones del exterior. No hay que olvidar, como dijo Newton, que “el genio es la paciencia”, o, como añadió Voltaire, quien es dueño de sí, es dueño del mundo, mundo que nosotros vemos siempre como “paisajes del alma” o “maya budhista”, que diría Amiel.

Y tales categóricos textos los encontramos por docenas en el sublime libro con otros herreros forjadores como el Sigfredo, de Wagner, forjándose a sí propio su invencible espada, rota herencia de su padre, a la que Mimo, el despreciable nibelungo, imagen de la gente vulgar que vive siempre “de los demás, no de sí propio”, pretende meramente soldar, mientras que el joven héroe se lanza resuelto a reducirla “a polvo impalpable” para fundirla luego al fuego del crisol de su corazón...

Pero la paciencia y la testarudez del candidato a la iniciación no suele venir como quiera, ni a todos los hombres. Tiene, en efecto, que precederla un estado previo de tristeza, de desaliento, de hastío hacia las cosas de este mundo que vemos y que nos engaña siempre como “uno de los tres enemigos del alma”, que diría la doctrina cristiana. El candidato, al atravesar semejante estado, sufre lo que Annie Besant ha descrito con vívidos colores, llamándole “la noche espiritual”, o lo que en el simbolismo evangélico de “la oración del Huerto de las Olivas” se pinta como cáliz que el Justo ¡quisiera no beber!...

En semejante “estado crítico”, que diríamos gráficamente recordando otro estado igual de los cuerpos antes llamados gases permanentes (o sea el estado que precede a su perfecta licuefacción), el hastío, la fatal inanición del candidato, tiene un remedio supremo: el del libro: ¡el libro iniciático!, al que deliciosamente se alude en el siguiente pasaje de Mardrús, diciendo:

Historia del libro mágico

“El califa Harund al Raschild, sintiéndose aburrido una noche, pidió consejo a su visir, Giafar el Baramécida, quien le dijo sentenciosamente: “Cuando nuestra alma no quiere alegrarse ni con la belleza del cielo, ni con la gloria de los jardines, ni con la dulzura de la brisa, ya sólo le queda al hombre un remedio, y es el libro, porque un armario con libros es el más hermoso de los jardines, y un paseo por sus estantes el más dulce y encantador de los paseos.”

Comprendiendo el califa cuán sabio era aquel consejo de su visir, cogió un antiquísimo libro de la biblioteca, y con gran sorpresa de este último, primero se echó a reír a carcajadas, y de allí a poco se puso a llorar inconsolable. “¡Que venga un sabio capaz de averiguar el porqué de estas dos tan encontradas emociones!”, exclamó el califa, dando tres meses de plazo para que le fuese buscado el sabio en cuestión. Giafar, conociendo que un hombre semejante sólo podía ser encontrado, a

lo sumo en Damasco, se puso inmediatamente en camino para dicha gran ciudad, antes llamada Julag, y también "Grano de Belleza", o sea Scham.

Al décimo día de viaje llega el viajero a la verde llanura de El Marj, frente a la que se alzaba, en las puertas mismas de la ciudad, el célebre "Minarete de la Desposada". Allí le recibe un hospitalario joven, Ataf el Generoso, que le obsequia espléndidamente y le acompaña por todo Damasco, sin olvidar la Tumba de la Dama, cerca de cuyo edificio ve a una deslumbradora joven regando las flores de su ventana, quedando tan prendado de aquella aparición fugaz, que al punto cayó gravemente enfermo de amor. ¡Era nada menos que la favorita de su huésped, quien, al saber el caso, fue tan generoso cumplidor de las leyes de la hospitalidad que, divorciándose de ella, se la entrega al visitante, entablándose con tal motivo, entre ambos, un pugilato de deferencias tal, que el visir tiene que ceder, aunque rogando a Alah que algún día se le presentase ocasión de corresponder con su amigo como merecía la magnitud de aquel sacrificio. La mujer cae en la cuenta de todo y el visir la dice: "Iremos a desposarnos en Bagdad, pero tu persona será sagrada para mí!" En Bagdad la instala como una reina y son ambos muy felices.

De allí a algún tiempo el naib de Damasco calumnia criminalmente a Ataf, y éste es condenado a muerte; pero logra escaparse, y, disfrazado de pordiosero, viene a Bagdad. Ya en la puerta del palacio del visir quiere pasar un billete a éste, dándose a conocer; pero el estúpido guardián del palacio, creyendo que es un majadero insolente le golpea del modo más cruel. Otro de los guardias, sin embargo, tomó el billete entregándosele a Ojalar, quien, al leerle, cayó desmayado. Entonces los que rodeaban a éste, echando la culpa al osado pordiosero, caen sobre él como fieras, dispuestos a matarle; pero el visir, volviendo en sí, le salva y le recibe, con los brazos abiertos, como al hermano más querido."

Hasta aquí llega la narración, que está truncada, sin duda, por cuanto nada se dice, en efecto, del mágico libro en cuestión que a Damasco fue a buscar el visir. Hemos consignado, sin embargo, su sumario, porque en él juegan algunos conceptos preciosos.

Es uno de ellos el del libro con el que primero ríe estrepitosamente el califa, haciéndole luego llorar con amargura sin límites. Toda obra maestra de la llamada "literatura festiva", es así. Dígalo si no nuestro Don Quijote de la Mancha, con el que ríen los necios y los sabios lloran.

Pero el libro que al califa causaba tan encontrados sentimientos no era otro que "el Libro de los Libros", el Libro de la Vida, con el que reímos de jóvenes y lloramos de viejos. Por eso su misterio sólo podía ser esclarecido por el sabio iniciado, en cuya busca aquél envió a Giafar.

Por eso también los nombres de Yahia, padre de "Grano de Belleza", El Fadl, su hermano, Julag, Scham, Psiquen y otros aplicados a la ciudad lunar de Damasco, vienen a ser otros tantos nombres frecuentísimos tratándose de iniciaciones. La

supuesta renuncia, en fin, que realiza Ataf el Generoso –“Ataf” es Fata”, el “Fatum” o Hado, latino– no significa lo que la lectura superficial puede dar a entender con cargo a los deberes de la “prostitución hospitalaria parsi”, que se ha dicho, sino la transmisión del conocimiento iniciático, o sea la entrega al Caballero Andante que persigue el Ideal, de la Dama misma que este Ideal simboliza, con arreglo a la diferenciación que llevamos establecida a propósito de la diferente y opuesta manera de interpretar el simbolismo de “La Dama” y “el Caballero”, que tiene la Magia Blanca y la Negra; la una, en el sentido de “unión de la Mente humana con su Tríada superior”, y la otra, en el muerto simbolismo sexual, con que viene tomándole, por desgracia, la conocida literatura de todos los pueblos.

Después de apurada dócilmente la paciencia, después de hallar el candidato su “libro iniciático” –libro que por las más extrañas e inesperadas vías de la mal llamada casualidad viene siempre a sus manos en el momento oportuno–, comienzan para él las terribles pruebas del sendero, “las ordalías de lo astral”, que diría Bulwer Litton, ordalías frecuentísimas en todos los cuentos de Las mil y una noches, y que de un modo especialísimo se le presentan en historietas acerca de los hombres héroes (2) cual la siguiente

Historia de Mahmud

Mahmud había nacido en ínfima familia y ejercía el humilde oficio de cargador. Cansado un día de aquella su vida de fatigas, con cinco dinares que le dieron en una boda compró un mono a un saltimbanquis, y no teniendo casa ni hogar, pues de ordinario dormía en los soportales de la plaza pública, se fué con su mono a pasar la noche en una casa derruida, encontrándose con la sorpresa de que el mono en cuestión era un lindísimo genn, quien, al punto, le hizo servir, por arte mágica, el más suntuoso de los banquetes. Luego, el supuesto mono le dijo:

Desenvuelve este paquete, que contiene unos gruesos diamantes de incalculable valor. Con uno de ellos te presentarás mañana al rey y le dirás que si no posee él otro diamante igual te tendrá que dar la mano de su hija; pero una vez que le hayas mostrado los diez diamantes y te haya concedido a la joven, te cuidarás muy bien de consumir el matrimonio hasta que yo te lo diga. Obedéceme en todo, pues de lo contrario te puede costar la vida, y me traerás también el brazaletes de su nodriza.

Sorprendióse grandemente Mahmud con aquellas revelaciones, y frotándose los ojos, como aquel que no da crédito a lo que ve, se encontró de nuevo, sin saber cómo, y con el mono a su lado, durmiendo entre las ruinas. Pero, al día siguiente vióse, en efecto, con el paquetito de los diez soñados diamantes, iguales, y se encaminó con ellos hasta palacio, sucediéndole punto por punto con el rey lo que el mono le había predicho. El rey, maravillado del prodigio, le casó con su hija y él, en la noche de bodas, obedeciendo a las indicaciones de su mono, se abstuvo de unirse con su esposa, y cogió con especial cuidado el brazaletes de la nodriza de ésta, que vigilante celaba por ella en la habitación vecina, entregándoselo al mono como le había exigido. Sin darse, sin embargo, cuenta de lo que le acaecía, se encontró de

nuevo el buen Mahmud durmiendo como el día antes, al lado de su mono, entre los muros derruidos del albergue consabido.

Temiendo perder la razón ante aquellas inexplicable metamorfosis, y habiendo oído decir al mono que todo hombre lleva colgado al cuello su destino, fuese a casa de un astrólogo sabio, quien, una vez tirado su horóscopo, le previno diciéndole:

–¡Infeliz! El mono que te acompaña es un genn, entre los genni rebeldes, que sólo quiere tu perdición. Prendado el infame de la hija del rey, ha querido apoderarse de ella tomándote a ti de dócil instrumento, a fin de que la despojes de su brazalete-talismán que, para preservarla de todo maleficio, le guarda su nodriza. Si quieres evitar, pues, la catástrofe que te amenaza, ve a tal y tal pasaje con este billete que te escribo y que entregarás al rey de los invisibles genios protectores de la humanidad.

Asustado el joven, obedeció al astrólogo y caminó tres noches con el billete en cuestión por los más desiertos y pavorosos lugares donde planta humana jamás halló. Al tercer día de viaje vió, en el desierto, vagar aquí y allá luminosas antorchas llevadas por seres invisibles, las que por sus acompasados movimientos le indicaron al también invisible rey, quien, tomando el billete, al momento hizo traer al mono por los aires y vomitar el brazalete que había engullido.

Al volver entre los hombres, Mahmud, sin saber cómo, se vió casado, en efecto, con la hija del rey, heredando el reino de allí a poco y debiendo ser feliz con su esposa el resto de sus días.

Pero, pasadas las primeras embriagueces del trono, vió el sultán Mahmud que estaba ya aburrido de la vida, a pesar de sus magnificencias. Cierta noche en que meditaba acerca del misterio de la existencia y frívolo y pasajero de las glorias mundanas, se le presentó, surgida no se sabe de dónde, la sombra de un jeque del Magreb lejano. Era el mogrebita un hombre como de centenares de años; su prodigiosa barba blanca le pasaba de la cintura cayendo sobre su antiquísimo cinturón de cuero, su ropaje sacerdotal se desplegaba con majestad suprema, cubriendo un acartonado cuerpo de momia que parecía surgido de una granítica mastaba egipcia. Sólo parecían vivir en aquel espectro de hombre, bajo terribles y fruncidas cejas, dos ojos de fuego en los que fulguraba la inteligencia.

–¡La paz sea contigo, sultán Mahmud! –le dijo con voz sorda el anciano–. A ti me envían mis hermanos los santones del extremo Occidente para hacer que te des cuenta de los beneficios que debes al Retribuidor.

Y sin hacer ni un gesto, avanzó hacia el rey con paso solemne, le cogió de la mano como a un niño, llevándole hacia la cerrada ventana de Lute, de las cuatro que tenía el aposento.

–¡Mira! –siguió diciendo el jeque al sultán, al par que le mostraba la llanura en la que este último percibió un inmenso ejército que se precipitaba sobre la ciudadela desde las lejanías del monte Makattam.

–¡Ha llegado la hora de mi Destino! –gimió angustiado el sultán mientras que manos invisibles cerraban la ventana, abriéndola de nuevo, con el panorama otra vez de la pacífica y opulenta ciudad.

De igual modo el jeque le fué llevando sucesivamente hacia las otras tres ventanas. En la del Este vió primero a la ciudad querida ardiendo por los cuatro costados y en

seguida feliz y tranquila como antes; en la del Oeste vuelve a ver a la capital anegada bajo la más espantosa de las inundaciones y luego restituida en un instante a su anterior ser.

Por último, tras la ventana del Norte vió a su Corte raída de la faz de la tierra, y a un desierto inmenso ocupando su lugar bajo el conjuro del anciano que le dijo lo que se referirá en un nuevo capítulo.

(1) Una variante de la sapientísima parábola anterior nos la da el cuento de Mardrús, que lleva por título Historia de Baibars y del duodécimo capitán de policía, y que, en extracto, dice así:

“Viendo el sultán la esterilidad de su esposa predilecta, mandó llamar a un famoso maghrebín para consultarle. Este dióle a comer ciertos confites rojos y verdes, con los que de allí a nueve meses tuvo a un hijo llamado Mahomed, y en los años después, otros dos: Alí y Mahmud. Como los padres habían prometido entregar al derviche como siervo y discípulo uno de los hijos que tuviesen, cuando ya estaban crecidos le dieron a escoger a aquél entre los tres. Llevóse el derviche a los dos primeros a través del desierto, preguntándoles después de varias horas de camino: “¿Tenéis sed?”, y como ellos le dijiesen que sí, que ya no podían caminar más por ella, el derviche se los devolvió a sus padres, diciéndoles: “¡No me sirven!” Pero al llevarse al tercero, o sea a Mahmud, y hacerle la misma pregunta que a los otros, él se limitó a contestar, con la más absoluta indiferencia: “La tendré cuando la tengáis vos, Maestro”, a lo que, conmovido el derviche, exclamó, abrazándole: Tú eres el sólo digno de leer en el libro mágico que te daré”, y le puso en las manos un misterioso libro sagrado que tenía obligación de aprender de memoria en el intervalo de una luna, cosa que el joven se puso a hacer en el acto, acaeciéndole durante el penoso aprendizaje dicho varias absurdas aventuras con una joven que se le aparece colgada por los cabellos, aventuras que no son de este lugar, por entroncar más o menos con el consabido cuento de Blanca-Flor, tales como la del caballo o camello en que huyen los dos amantes, y cuya rienda no debe soltar jamás el joven bajo pena de perdición; la casita encantada con el hombrecillo o gnomo, “que barría el suelo con la barba”, etc., etc.

Otra deliciosa variante del tema anterior, de la paciencia del candidato, nos la da la que lleva el título de La joven del pie pequeño y su hermano el testarudo. La variante dice así:

“Cierta niña, hijo de un pobre matrimonio, mostró desde sus primeros días una testarudez tan extraordinaria, que ni su madre ni su hermana mayor podían hacer humanamente carrera de él, como vulgarmente se dice, por lo que se quejaban al padre, quien invariablemente contestaba sonriendo: “¡No le contrariéis!”

Y no se contentaba con decirles siempre lo mismo, sino que, al morir, se lo hizo jurar así a la madre y a la hermana, y como la madre también muriese de allí a poco, he aquí que la pobre hermana, por no contrariar la voluntad paterna, le dejaba hacer al chicuelo cuantas atrocidades le venían en gana, tales como matar a todas las gallinas del corral, desparramar por el suelo la harina y hasta prender fuego a la casa un buen día.

Echado al fin del pueblo por sus funestas travesuras, en la misma era por donde cruzaron los dos hermanos, y por una trivialidad de juegos, dió muerte el testarudo a tres chiquillos. Los padres de éstos emprenden su persecución, y él, huyendo, se refugia con su hermana entre las altas ramas de un árbol, que los perseguidores se ponen inmediatamente a derribar.

Pero he aquí que una gigantesca Ave-Rok, cogiendo a cada uno de los hermanos con una de sus patas los remonta por los aires hasta una isla desierta y tenebrosa, morada de una gigantesca ghula, que reinaba soberana en la isla. El travieso chiquillo entonces empezó a sacudir los guijarros contra un pedazo de hierro hasta encender una gran hoguera, y cogiendo las brasas, las fue echando por las fauces de la ghula hasta hacerla reventar. Como, además, la ghula, con su sombra gigante, era la causante de aquellas tinieblas desde hacía largos años, he aquí que volvió a lucir el sol sobre la isla, por lo que el rey de ella, agradecido a tamaño favor, casó al joven con su hija, y a la paciente hermana con el príncipe heredero del reino, siendo todos, de allí en adelante, felicísimos...

La variante transcrita es muy frecuente en la demopedia de todos los países, y tiende sólo a presentar al futuro candidato a héroe como un chiquillo raro, diferente de los demás, y que empieza su carrera de obstáculos estrellándose contra la vulgaridad de un ambiente que pretende cerrarle el paso desde el primer día.

En otros libros nuestros, principalmente en el de la biografía de H. P. B., hemos visto un elocuente ejemplo de nuestro aserto. Esta mujer, que ha revolucionado al pensamiento filosófico con sus obras inmortales, fue un ente así, como el chicuelo del cuento transcrito, en su niñez y juventud, cual puede verse en aquella biografía.

Discola, insoportable, incoercible, su anormalidad notoria era nuncio del complejo destino de sacrificio que más tarde le aguardaba.

Tal resultaba también a los ojos del perverso Mimo, el voluntarioso chicuelo Sigfredo; tal el Viracocha inca, desterrado por su padre, al modo de Narada por Brahmá y de Mercurio por Júpiter, sin embargo de cuya sentencia, “a lo Prometeo”, los tres resultan luego otros tantos salvadores de los suyos en el supremo momento del peligro, que escrito está aun en el Evangelio, aquello de que “en el Reino de Dios, o sea del Ideal, siempre serán primeros los últimos”, con arreglo a la característica esencial del Ocultismo, que saca el bien del mal, la luz de las tinieblas y lo excelso de lo ínfimo.

Lo relativo al Ave-Rok, enlaza con los relatos de Simbad y de Aladino, y la Luz que enciende el joven no es sino la Luz del verdadero Conocimiento, con el que pueden ser ahuyentados todos los elementos del mal: los ghulas de maldición.

(2) Al lado de cada uno de los cuentos relativos a “los hombres héroes” se podrían poner otros tantos relativos a su contraparte “los hombres fracasados”. Los más notables de estos últimos en Las mil y una noches son los que siguen, y que son otros tantos apólogos sabios:

La Historia de Baba Abdalá es la del fracasado por ambición, y no puede hacerse retrato más perfecto que el que hace de la insaciable codicia humana, que, saltando por sobre los más elementales principios de justicia retributiva, todo lo quiere para sí.

El califa Harund al Raschild, en sus inspecciones nocturnas por la ciudad para velar por sus vasallos, tropieza con el ciego Baba Abdalá, quien le ruega que, antes de recibir la limosna, le humille y le abofetee. Extrañado el califa semejante petición del ciego, este le cuenta lo merecido que lo tiene por sus necesidades pasadas; a saber:

Antaño el entonces joven y rico Abdalá se acerca cierto día a un derviche, quien le propone que le ayude a sacar con sus camellos el inmenso tesoro que éste conoce y que habrán de partir por mitad. Van ambos a una lejana comarca, donde encuentran, en efecto, el tesoro –¡80 cargas de oro!–, que el derviche con sus conjuros mágicos hace aparecer en el seno de alta montaña donde yacía hacia cien siglos. Ya se alejaba el asceta con la mitad correspondiente de los camellos y las cargas, cuando le da voces el joven rogándole que, pues él empieza a vivir mientras al viejo sólo le espera la tumba, le ceda al menos otros diez camellos más, contentándose el derviche con meros treinta. Accede éste sin violencia, y el joven, creyendo que aún puede sacar más partido, le va proponiendo sucesivamente que le deje más y más camellos de los suyos, a lo que gustoso y sonriente se sigue prestando el derviche. “¡Sólo te pido –le dijo por fin–, a cambio de que te lleves íntegro el tesoro, que me dejes esa pequeña cajita con unguento que estaba con el tesoro!” “Pues ¿qué es lo que contiene la redoma para que así la estimes?”, preguntó el joven. “Un colirio tal que, si uno se frota con él el ojo izquierdo, se logra ver el sitio preciso donde están cuantos tesoros se ocultan bajo la tierra; pero si después se unta también el ojo derecho, el que tal hace queda al punto irremisiblemente ciego”, respondió el derviche. Ya se llevaba Baba Abdalá sus 80 camellos, cuando volvió nuevamente atrás a rogar al derviche que le dejase untarse el ojo izquierdo con el colirio. ¡Nueva tolerancia del derviche y nueva impertinencia del insensato, el cual, después de frotarse bien con el colirio de la redoma el ojo izquierdo, empezando a ver tesoros y más tesoros, cree acabar de verlos todos untándose seguidamente el ojo derecho, contra las reiteradas prevenciones de aquél, y queda en el acto ciego, como le había dicho! “Mi necesidad –acabó diciéndole al califa– bien me hace acreedor a sufrir el castigo de la humillación que de mis favorecedores solicito...”

Sidi Numan y la gulha Amina es otro cuento de fracaso por perfidia, que su víctima cuenta asimismo al califa; pero omitimos su detalle, porque es muy parecido al del jeque de la yegua que vimos en la introducción. Baste decir que Amina (el alma, o ánima en latín) es transformada en yegua en castigo a su ingratitud con el príncipe Numan (Pneuma, espíritu), su esposo, que le había salvado, y a quien, por malas artes, envilece hasta transformarle en perro.

Desencantado Numan, azota a diario a su mujer-yegua, como le había ordenado la joven princesa desencantadora, con la que se casa al fin por gratitud.

El fracaso por envidia, que es el peor y más humano de todos, tiene hermoso documento, en fin, en el cuento que subsigue y que lleva por título

Historia de Codadad y de sus hermanos

En Harran, capital de Dyarbekiv, reinaba un poderoso rey, lleno de virtudes, a quien el Cielo no había concedido sucesión. Cierta noche en que yacía apenado por ello, se le apareció en sueños un venerable anciano que le dijo:

–Tus súplicas han sido oídas; cómete una granada de las del jardín y verás colmados tus deseos.

En efecto, de allí a pocos meses, todas sus cincuenta mujeres se sintieron embarazadas, salvo la reina Piruza, a quien el esposo, indignado, mandó desterrar a Samaria; pero no bien ésta llegó allí, dió a luz un hermoso niño, a quien se puso por nombre Codadad ya quien el príncipe de Samaria fue dando luego excelente educación, tanto que a los veinte años era un verdadero prodigio. Ya hombre, y deseoso de gloria, partió a ofrecer sus servicios al rey su padre, sin dársele a conocer sino como hijo de un emir de El Cairo. Pronto los otros príncipes, sus hermanos paternos, concibieron gran envidia contra él por las hazañas guerreras que en seguida llevó a cabo, y se concertaron para perderle. Al efecto se le llevaron como de caza y le dejaron abandonado en medio del bosque.

Codadad, después de vagar perdido buscando a los suyos durante tres días, llegó a una prodigiosa llanura en medio de la que se alzaba un colosal palacio de mármol negro, en uno de cuyos ajimeces vió asomada a la dama más hermosa del mundo y quien, con grandes ansias, le decía:

–¡Oh, príncipe gallardo, aléjate al punto de este edificio siniestro si no quieres caer bajo la crueldad del monstruo que en él habita! Yo soy una joven egipcia, a quien el monstruoso negro, después de asesinar a todos mis criados, me ha encerrado aquí esperando rendir mi virtud.

No había acabado de hablar cuando se presentó el negrazo y, con su pesada cimitarra de gigante, se abalanzó con su caballo sobre el príncipe; pero este último, veloz como el rayo, se lanzó sobre él y le atravesó de parte a parte, aunque no sin que el negro le hiciese perder uno de los brazos. Luego fue libertando uno a uno a todos los prisioneros de la mazmorra, que no aguardaban sino el turno de ser devorados por el monstruo. ¡Cuál no sería la sorpresa del príncipe al advertir que todos aquellos infelices no eran otros que sus envidiosos hermanos, a los que así venía a libertar en premio de sus perfidias!

No hay que añadir que los 49 príncipes, con Codadad a la cabeza, después de haber gozado fabulosamente con las riquezas encerradas en el Palacio Negro, trataron de regresar, triunfantes y felices, a los brazos del Padre-Rey, pero antes quisieron saber la historia de la dama, que ésta les refirió en los siguientes términos:

–Yo soy una infeliz princesa de la ciudad de Deryabar, en una isla ha tiempo gobernada por un rey espléndido. Mi nacimiento fue para mi padre el rey motivo más de pena que de gozo, pero no por eso dejó de darme la más esmerada educación. Cierta día en que mi padre cazaba por la selva se extravió y, engañado por una lejana lucecita, fue a dar en una cabaña, donde un espantoso gigante se merendaba tranquilamente un buey, aliado de una pobre mujer encadenada y con un niño de tres años en su regazo, a quienes maltrataba. Mi padre mató al perverso y se llevó a

palacio al niño, en quien, según fue creciendo, todos veían un futuro esposo para mí. En efecto, llegó a tanto la insolencia del joven, que a la muerte de mi padre llegó a pretender imponérsese, a mí que era la heredera legítima, y como contaba con la adulación de todos los cortesanos, no tuve más partido que el de huir, cayendo en esta situación aún peor, en la que me habéis visto, después de mil peligros, naufragios, etc., cuya relación omito, hasta que he venido a parar en manos de este negro y recibir de vos la salvación.

Emocionado Codadad por relato tan patético, la ofreció su mano a la infeliz princesa de Deryabar, cosa que ella aceptó con júbilo, pero ni uno ni otra contaban con la ingratitud de los príncipes sus hermanos, quienes, llamándose aparte, acordaron asesinar a Codadad, no fuese que el Padre-Rey, al volverle a ver y saber sus aventuras, y que era además hijo de la repudiada Piruza, acabase por nombrarle heredero del reino con perjuicio de ellos. Al punto pusieron por obra sus siniestros propósitos, y cosieron a puñaladas a Codadad en los brazos mismos de su esposa, escapando hacia la corte, y diciendo al Padre-Rey que su ausencia se había debido a que se detuvieron visitando algunas ciudades vecinas.

–A mi sola debo imputarme tu muerte, ¡oh príncipe! –clamaba desolada la joven–. Tú has querido juntar tu Destino con el mío infeliz. ¡Son ya muchos, oh cielos, los esposos que me habéis arrebatado así!

Codadad no había muerto, sin embargo, y bajo los solícitos cuidados de la princesa de Deryabar, aunque muy lentamente, acabó por recobrar la salud y se ofreció a llevarle con ella a su país; pero antes, por consejo del cirujano que asistiera al herido, acordaron los tres presentarse a la reina Piruza y luego al rey Harrán, una vez que el príncipe confesó a entrambos su verdadera condición. Conviene advertir que el tal cirujano era un calenda de los más sabios, merced al cual la madre tuvo pronto la dicha de volver a abrazar a su hijo, al que consideraba perdido, y presentarse con él ante el rey Harrán, quien, con el asombro y la alegría que era de esperar, se informó de la historia de la pobre repudiada Piruza y de las increíbles aventuras de su hijo, juntamente con la perfidia de los hermanos de éste, a quien condenó a muerte, encerrándolos antes en obscura torre, al par que recibía por sus hijos y herederos al príncipe Codadad y a la princesa de Deryabar; pero, no queriendo hacer las cosas sin que el pueblo se enterase bien de lo acaecido, fingió haber tenido noticias de la muerte de su hijo Codadad y mandó erigirle un sepulcro suntuosísimo. Cien solitarios ancianos que pasaban su vida consagrados al silencio y al estudio, y que sólo en muy contadas y solemnes ocasiones se venían a la corte, se presentaron montados en sendas mulas negras, sosteniendo sobre sus cabezas otros tantos gruesos libros, dando tres vueltas silenciosas en torno de la cúpula. Luego dieron otras tres vueltas análogas cien hermosas jóvenes, clamando por el príncipe.

No hay que añadir que el pueblo, indignado por la desgracia, pedía a gritos que se apresurase el castigo de los asesinos, sus hermanos, y ya el verdugo iba a iniciar su penosa tarea, cuando llegaron apremiantes nuevas de que el ejército de los reyes vecinos venía otra vez con mayor empuje sobre el reino.

Todo quedaron aterrados. Se improvisaron guerreros; pero no tenían caudillo que les condujese a la victoria, lamentándose aún más con ello de la muerte de aquél; pero el caudillo no tardó en presentarse: ¡era el propio Codadad, por el calenda resucitado, como va dicho!...

No hay necesidad de apuntar las conexiones ocultistas de este mito con tantos otros, por ejemplo con el bíblico de José y sus hermanos, de aquí tomado acaso; con la clásica obra japonesa de “Los 49 capitanes”, con la fábula de los cíclopes, de la Odisea; con el cuento español de “La gata cenicienta”; con el mito de Irám; con el de los calendas, que vendrá después; con el de Mardrús titulado “La pulsera en el tobillo”, base de este último, y, en fin, con el siguiente, que es todo un tratado acerca de la envidia de los suyos, que es el mayor obstáculo del héroe en su empresa:

Historia del envidioso y el envidiado

En cierta ciudad vivían contiguos dos hombres. Uno de ellos tomó al otro tal envidia, que este último, a pesar de haberle hecho al primero toda suerte de pequeños favores, decidió dejarle el campo libre, vendiendo todos sus bienes y retirándose a hacer la vida de los derviches en una cómoda granja que compró cerca de la capital. Su virtud se hizo célebre bien pronto y otros muchos hombres se le incorporaron para hacer la misma santa vida.

Pero ni aun allí pudo verse libre del envidioso, que no tardó en presentarse también allí, y con engaños, se dió trazas a arrojar al envidiado en el aljibe de la casa, marchando lleno de alegría por su infame acción.

Sin embargo, el viejo aljibe estaba habitado por hadas y genios, que recibieron a la víctima en palmas sin que se hiciese daño alguno. Luego, como era santo, le llevaron para que curase a la princesa de aquel lugar, que estaba poseída por el genio de Mainum, el demoníaco hijo de Dindin, que de ella estaba enamorado. Se trataba nada menos que de arrancar, para curarla, siete pelos blancos de la cola a cierto gato negro, del convento de los derviches, quemarlos y, con su humo, perfumar la cabeza de la princesa, quien de este modo se vería libre de su obsesor.

El derviche escuchó atento y se dispuso a buscar al gato, escapando sin dificultad por los desportillados que el aljibe tenía. Cogió el gato, le arrancó los siete pelos y fue a palacio a curar con ellos a la princesa. El demonio obsesor, al sentir el perfume de la quema, rugió estentóreamente, pero tuvo que soltar su presa, y la princesa, libre ya de su desgracia, se levantó el velo que la cubría, dejando ver su incomparable hermosura.

Inútil es añadir que el sultán, agradecido, le casó con la princesa, y muerto de allí a poco aquél, sin varones, el derviche se vió, de manos a boca, rey del dilatado reino.

Cierto día que el nuevo sultán vió en medio de la multitud al envidioso, causante indirecto de su dicha, le hizo traer por su visir, diciendo:

–¡Dénsese inmediatamente mil cequíes de oro; veinte mil cargas de los géneros que escoja y escolta para que regrese a su pueblo!

–He aquí, ¡oh genio! –terminó el calenda–, lo que hizo con su enemigo aquel hombre de bien. Te ruego, pues, que le imites.

–Todo cuanto puedo hacer por ti –replicó éste–, es dejarte con vida; pero no me puedo resignar a dejarte ir sin más ni más. Quiero que experimentes todo el poder de mis encantos.

Y diciendo esto me cogió con violencia y a través de la bóveda del subterráneo me elevó por los aires hasta perder la tierra de vista. Luego se dejó caer conmigo sobre la cima de un alto monte, y, arrojándome a la cara un puñado de tierra, me conjuro:

–¡Deja tu figura de hombre y toma la de un mono! –Y desapareció, dejándome transformado en efectivo mono y en una selva desconocida.

Con forma, pues, de mono, aunque con inteligencia de hombre, bajé a la llanura. Al cabo de un mes llegué a la orilla del mar. Corté una gruesa rama de árbol, cabalgué sobre ella, y con dos palos por remos, alcancé hasta un barco que se hallaba cerca de la costa. Ante espectáculo tan extraordinario la marinería me izó a bordo, y temiendo fuese cosa de mal agüero me querían matar. Entonces me prosterné ante el capitán en una actitud tan suplicante que le conmoví, tomándome bajo su protección. De allí a pocos días entramos en el puerto de una gran ciudad.

En la ciudad reinaba un sultán, quien, por la muerte de su visir, deseaba nombrar otro en su puesto, exigiendo que el nombrado supiese escribir aún mejor que el difunto. Los muchos comerciantes que iban a bordo tentaron la aventura, pero yo, arrebatándoles la pluma, escribí un rollo con los seis tipos de letras usados por los árabes, agregando a cada uno disticos y otras poesías en alabanza del sultán. Jamás nadie había visto letra parecida, y menos en un mono como yo. Cuando el sultán vió mi trabajo quedó tan prendado que ordenó:

–Tómese de mis caballerizas el caballo más hermoso y más ricamente enjaezado y venga sobre él con los mejores vestidos de mi guardarropa la persona que tal ha escrito.

Todos los oficiales de la guardia se echaron a reír, añadiendo:

–Señor, el que escribiera esto, no es un hombre sino un mono extraordinario.

Al momento me vistieron una riquísima ropa de brocado y con gran aparato fuí conducido a la presencia del sultán, poniendo en conmoción a mi paso a toda la ciudad, maravillada de que a un mono se le hubiese nombrado gran visir.

El sultán, al ver mi presentación elegante y respetuosa, quedó pasmado de admiración. Despidió a sus cortesanos, y a solas conmigo y con el jefe de los eunucos me hizo comer con él. Antes de alzarse los manteles pedí por señas recado de escribir, y a la vista del sultán tracé unos versos compuestos en su loor. Luego que bebimos escribí sobre aquel vino nuevos versos que explicaban el estado en que, después de enormes sufrimientos, me encontraba a la sazón. Por fin, hizo el sultán traer un juego de ajedrez, y le gané dos de las tres partidas que con él eché.

El sultán tenía una, hija llamada Beldad, quien al verme dijo al punto, echándose el velo sobre el rostro:

–Señor: el mono que estáis viendo no es sino un príncipe joven, hijo de un gran rey que yace así a causa de un encantamiento que le ha hecho cierto hijo de la hija de Eblis, después de haber quitado cruelmente la vida a la princesa de la Isla de Ébano, hija del rey Eptilamo.

–¿Cómo lo sabes? –replicó el sultán.

–Por las sesenta reglas de su ciencia, que el aya vieja mía, maga poderosa, me enseñó, y es más, puedo restituirle con ellas a su primitiva forma.

Como el sultán no desease otra cosa, la princesa fue a su habitación; trajo cierto pergamino cuajado de símbolos y jeroglíficos; describió el círculo mágico y recitó abjuraciones y versículos del Corán.

Insensiblemente fuese obscureciendo el ambiente y todo crujía espantosamente en nuestro derredor, hasta que se presentó el genio en forma de un león de enorme magnitud, dispuesto a devorarnos a todos, empezando por la princesa. Pero ésta dió un salto atrás; se arrancó un cabello que transformó al punto, mediante dos o tres, palabras de ensalmo, en un cortante yagatán, con el que, de un solo tajo, dividió en dos el cuerpo de la fiera. Del león quedó únicamente la cabeza, que se convirtió en un venenoso y deforme escorpión, que hubiera picado de muerte a la princesa, si ésta con un nuevo ensalmo no se hubiese transformado en serpiente. El escorpión, así vencido, se metamorfoseó en águila negra, pero ella, cambiándose a su vez en otra águila blanca más poderosa, la persiguió hasta que volando ambas se perdieron de vista.

La terrible lucha no terminó aquí: el genio, perseguido, se transformó en gato, y la princesa en lobo que no cesaba de perseguirle; el gato se cambió en gusano y se metió dentro de una granada, pero el lobo se volvió gallo y grano a grano la picoteó. El último grano de la granada se transformó en un pececillo, pero el gallo se convirtió en un sollo muy grande que después de pelear bajo las aguas, se le tragó. Por fin, el genio y la princesa acabaron haciéndose como dos ardientes llamas que luchaban una con otra, amenazando abrasarlo todo en su titánica lucha. Bajo el fuero del irritado genio, se chamuscaron las barbas del sultán, el jefe de los eunucos quedó abrasado, y yo, con una de las chispas que saltaron, quedé tuerto como hoy me veis... El genio acabó siendo un montón de cenizas.

Rápidamente la princesa pidió una taza con agua; pronunció sobre ella ciertas palabras mágicas, y rociándome con ella me tornó a mi antiguo sér, aunque con el ojo de menos que veis. Luego añadió:

–Señor: la victoria me cuesta harto cara, porque cuando era gallo contra el genio transformado en grano de granada dejé de comer el último grano, y tuve que apelar al fuego para vencerle, pero este fuego también me consume a mi y voy a morir.

En efecto, pronto la princesa quedó reducida también, como aquél, a un montoncito de cenizas, y yo, temiendo ser objeto de las iras del sultán, como causante involuntario de tamaña desgracia, huí; me hice calenda y he llegado aquí en el triste estado en que me veis